



## EL COCO ENTERRADOR

«La crisis es el inmediato decreto de disolución para Cierva. Tú verás, Alvarez.» Tal es la nota, que en esas palabras — que copiamos de un diario de Madrid — u otras parecidas, se dice que el Conde de Romanones recibió de su amo.

Y ya tenemos a La Cierva convertido en Coco. «¡Que viene La Cierva!» «¡Que llamo a La Cierva!»

Dícese que alguna vez se trató de amedrentar a los conservadores, tratándoles como a niños, con decirles: «¡Que viene Melquiades!» Y hasta alguna vez parece que ha servido de Coco Larrroux. Todo lo cual indica qué idea se tiene en las alturas del poder acerca de nuestros desdichadísimos políticos dinásticos, o sea serviles.

«El Socialista» de Madrid, después de hacer constar que se asegura que Romanones informó de ese aviso a sus compañeros los jefes sedicentes liberales, agrega:

«No les conviene hacer creer que realmente hubo aviso, que la fatalidad oriental se cruzó en el camino de los liberales. Eso sería peor. Eso acusaría más firmemente la cobardía del bloque izquierdista gubernamental, y la del mismo Maura. Para impedir que a manos de Cierva vaya a parar un decreto de disolución de Cortes no hay necesidad de la comedia vergonzosa del miércoles; basta con hacer saber a quien saberlo convenga que si la crisis ahora podía ser el decreto de disolución para Cierva, ese decreto podía ser también, lo sería, la eliminación de las izquierdas gubernamentales de los bancos de la legalidad. ¡Coacción por coacción!»

Esto era, sin duda, lo que hubieran respondido políticos con dignidad civil, con clara conciencia de su responsabilidad ante la Nación y para con ella; pero ¡vayamos a buscar dignidad ni conciencia de responsabilidad en los liberales dinásticos!

Ya lo hemos dicho y tenemos que repetirlo: en la España de hoy, de 1921, como en la de hace un siglo, en la 1821, un liberal es considerado en el cotarro cortesano como un enemigo. Un enemigo mayor que otros que en la estimativa vulgar política pasan por más avanzados. ¡Un liberal que de veras lo sea, claro está!

En cierta ocasión oyó Melquiades Alvarez de ciertos labios la expresión de una creencia de que con el tiempo hasta los bolcheviques se harían gubernamentales, y al decir gubernamentales quería decir dinásticos. Pero en cambio los liberales tendrían que dejar de serlo.

Hay, en efecto, un socialismo, o mejor pseudo-socialismo, un socialismo de Estado, enemigo de la libertad y de la democracia, que puede compaginarse con una monarquía despótica y en cierto modo napoleónica. El régimen soviético en Rusia se parece no poco al napoleónico, ya que es una dictadura. Y una dictadura, sea de quien fuere, y hasta una dictadura del proletariado se comprende muy bien con un déspota. Lenin lo es. Pero con lo que es el despotismo incompatible es con la libertad y con el liberalismo, y por lo tanto con el socialismo liberal, con el socialismo para todos.

«¡Que viene La Cierva!»; esto es: «¡Que llamo al Coco!»; y ya están los pobres serviles cortesanos que son esos jefes del liberalismo dinástico, ya están descompuestos.

¡La Cierva! ¡Es un símbolo de esta pobre España perlática de hoy ese... secretario! O fiel de fechos. Cuando al decir el diputado señor Aranzadi — que ni es socialista, ni republicano, ni lo que se llama izquierdista, ni liberal — que se debe abandonar la empresa del protectorado de Marruecos, le interrumpe La Cierva ése diciéndole: «¡qué aliento para los soldados que pelean en Melilla!», no se sabe si es un obseso o un cínico o un mentecato el que habla. Pues es natural que ni el señor Aranzadi ni ninguno de los que creemos que España debe renunciar a esa empresa guerrera nos propongamos alentar a los soldados, sino todo lo contrario. Para ese fatídico secretario del despacho de Guerra lo patriótico es no oponerse a la guerra hasta los que la creamos ruinosa para España y a la vez injusta y nada honrosa. Y al que no opinte como le mandan opinar a él es un mal español, un anti-patriota, un sectario o un fanático.

No se harta el secretario ése de decir que no se ocupa en política. ¡Como si la guerra que él administra no fuese política! Política y nada más que política, y no nacional. La guerra de Marruecos es una operación, no de policía, sino de política, y de política dinástica. Empezara como empezase hoy no se sigue sino por interés dinástico, por puntillo, por tesón, por lo de «defenderla y no enmendarla» y sufra el que sufiere. Y cuando los pobrecitos «liberales» trataron de que se definieran los límites y los propósitos de esa operación de política dinástica y sobre todo de que no sufriese merma la soberanía del Parlamento se encontraron con «que viene el Coco!» Y el Coco decía, con su insolente zafiedad habitual: «¡los enterraré a todos!» Porque esto es lo único que saben el Coco y su jinete: enterrar.

Miguel de UNAMUNO.

